

ANDREA PAOLA ALARCÓN
NÚÑEZ:

*La vida cotidiana en la Plaza
de Bolívar, de Bogotá (1880-
1910)*



196



LA MATERIA DE AMÉRICA

Resumen: La plaza de Bolívar es uno de los principales espacios urbanos de Bogotá. Desde época colonial, este lugar ha cumplido varias funciones: centro de poder, espacio de comercio y lugar de reunión y celebración de festividades religiosas y oficiales. A partir del s.XIX, las élites bogotanas la convertirían en el principal símbolo de Colombia. Por medio de su arquitectura y usos los ciudadanos cultos intentarían demostrar el progreso y la civilidad de la nueva nación. Sin embargo y como ágora que es, albergo todo tipo de personas y prácticas, algunas de ellas olvidadas por la historia. Por lo que en el presente artículo reflexionaremos sobre la vida cotidiana de la plaza a finales del siglo XIX. Esto con el fin de conocer la impronta de los colectivos no hegemónicos en este espacio, así como profundizar en la significación de la plaza.

Palabras Clave: Plaza de Bolívar, vida cotidiana, espacio urbano, s.XIX, usos del espacio, espacios públicos.

Abstract: Bolivar Square is one of the major urban areas of Bogotá. Since colonial times, this place has fulfilled several functions: power center, trade, meeting point and scenario of religious and official celebrations. In the nineteenth century, Bogota's elites started to think this space as one of the main symbols of the Colombian nationality. With the architecture, educated citizens tried to prove the progress and civility of the new nation. However, as the agora it is, housed all kinds of people and practices, some of them forgotten by history. In this article we will reflect on the daily life of the square in the late nineteenth century, in order to understand the influence of non-hegemonic groups in this space, as well as deepen the square's significance.

Key words: Plaza de Bolívar, everyday life, urban space, nineteenth century, uses of space, public spaces.

SEMIOSFERA

Segunda época. Marzo 2014. N°2
www.uc3m.es/semiosfera
eISSN 2341-0728

LA VIDA COTIDIANA EN LA PLAZA DE BOLÍVAR, DE BOGOTÁ (1880-1910)

Andrea Paola Alarcón Núñez
Universidad Carlos III de Madrid

Fecha de recibido: 16/12/2013

Fecha de aceptado: 16/01/2014

197

Desde sus inicios la Plaza de Bolívar de Bogotá fue un lugar estratégico para el abastecimiento y comercio de la ciudad así como núcleo de poder. En ella se ubicaron los mercados, las entidades gubernamentales y religiosas más importantes. Se convirtió en el espacio ideal para la creación del mito fundacional de la República de Colombia y, desde la Independencia, en el principal símbolo de la construcción de la identidad nacional.

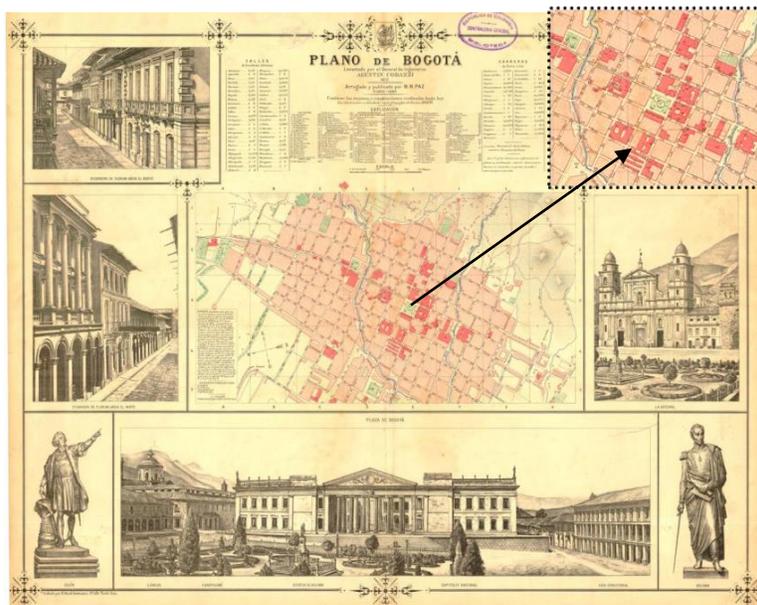


Imagen.1 Plano de Bogotá elaborado por Agustín Codazzi en 1852

SEMIOSFERA

Segunda época. Marzo 2014. N°2
www.uc3m.es/semiosfera
eISSN 2341-0728

El período que abordaremos en este artículo (1840-1910) se incluye en una etapa donde la nueva República está inmersa en la formación de la patria y en una veloz modernización. Una infraestructura urbana compleja y un desarrollo industrial denotaban un país más civilizado. Por lo que el ciudadano culto y burgués se empeñaría en la construcción de grandes edificios, parques, plazas y vías en las empobrecidas ciudades de la Colombia de finales de siglo XIX y principios del XX.

No obstante, no se trataba únicamente de la constitución material de los espacios urbanos, sino también de la imagen mental que se hacían los ciudadanos de ellos. En el caso de la Plaza de Bolívar, se convierte en escenario de grandes celebraciones y en lugar de ocio, de tertulias y de encuentros, así como del fortalecimiento de las nuevas elites criollas. Además y debido a la implantación de jardines y enrejados, la plaza abandonaría el carácter de escenario para quedar como instrumento del culto a la patria (Zambrano, en línea). Tampoco hay que olvidar su importancia comercial, recordemos que el gran mercado de los viernes funcionó hasta finales del XIX y fue uno de los espacios más democráticos de la ciudad.

La impronta de los grupos hegemónicos en la plaza es clara sin embargo la de aquellos que no sabían leer, ni escribir es difícil dilucidar. Por lo que para tener una idea más clara de este sitio durante la época, es necesario profundizar en su vida cotidiana, pues a través de ella es posible esclarecer aquellos episodios o personajes olvidados por la historia oficial.

La Plaza como espacio de creación de la Patria

Como ya se ha mencionado la Plaza de Bolívar es el principal monumento de la nación colombiana. Cuando se examina y se observa lo que ocurría en ella, resulta claro notar cuál era el tipo de nación que se estaba intentando consolidar. En sus edificaciones había un empeño de las clases dirigentes por configurar una fachada más cosmopolita del país. Los intelectuales colombianos van a ver la capital como modelo de una supuesta identidad nacional. Por lo que ésta se convierte en el centro donde se negocia lo que es incluido y excluido del proceso modernizador y de creación de la patria. Sobre estos aspectos, Jorge Orlando Melo explica que:

Detrás de cada nación, había unos rasgos generales que daban su esencia a la misma: Unos orígenes comunes, una historia compartida, unos caracteres étnicos, una religión, una lengua, una cultura. La investigación del folclor, el desarrollo de la lingüística, las historias nacionales, unieron sus esfuerzos para crear los grandes mitos de la nacionalidad. (Melo, en línea)

Estos aspectos fueron divulgados en la construcción de parques, plazas, monumentos y con la creación de símbolos patrios que apelaron a las artes y las letras para transmitir mensajes más impactantes. La Plaza de Bolívar, al ser el corazón del centro nacional, funciona como un eslabón primario en la creación de esta ideología. Primero, porque es allí donde se encuentran los principales organismos de poder político y religioso, incluso antes de la época a la que se hace referencia; segundo, porque se buscaba crear el efecto que tuvo la reforma *haussmaniana* en París, es decir, mostrar la grandiosidad del gobierno a través del urbanismo; y tercero, porque se empleo como escenario para los eventos oficiales, los cuales tenían como fin inculcar el nuevo espíritu de la República que, aunque congregaban individuos de todas las clases sociales, eran organizados por y para las elites.

Un ejemplo de ello eran los eventos donde se reunían todo tipo de gentes y donde solo las elites, es decir, los hombres blancos, católicos y conservadores participaban activamente mientras que los indígenas o mestizos eran solo espectadores. De hecho, las personas que encabezaban las festividades se consideraban a sí mismas unidas por lazos de sangre con los fundadores de la Patria. Por tanto, la aceptación de la Plaza de Bolívar como primer monumento nacional de Colombia permite ilustrar cómo los procesos de creación, adopción y circulación de imágenes de identidad en las nuevas naciones latinoamericanas no fueron simples ni rápidos, al tratarse de espacios de negociación, exclusión y de alta inestabilidad, al menos, hasta las primeras décadas del siglo xx. (Colom, González, 2005,806)

Asimismo, y como ya se ha dicho, la Plaza nos da una idea de cómo era y cómo quería ser vista la nueva nación: Como una sociedad culta y opuesta a la barbarie. Para ello, los intelectuales bogotanos preocupados por fomentar dicha imagen se ocuparon de plasmar en este lugar lo más refinado y exquisito del pensamiento y las artes colombianas. Recordemos que esta idea respondía a unos valores que en toda Hispanoamérica se habían hecho populares,

puesto que las nuevas naciones vieron en estas manifestaciones una forma de presentarse ante los ojos del europeo como pueblos civilizados.

La Plaza como escenario: Las celebraciones religiosas y oficiales

La Plaza de Bolívar fue el principal escenario de la ciudad: Siendo *metáfora y símbolo de "Plaza Universal"* (Cruz, 1995,49). En ella se llevaban a cabo las principales conmemoraciones políticas y religiosas, así como obras de teatro que durante varios siglos fueron uno de los principales atractivos de dichas celebraciones. Sin embargo y a raíz de la construcción de coliseos, teatros y auditorios en las capitales, durante las primeras décadas del s. XIX, el arte dramático se consolida como un espectáculo independiente a las fiestas. Por consiguiente, las obras teatrales de la época a la que se hace referencia no se continuaron realizando en la Plaza; lo que no quiere decir que las celebraciones y conmemoraciones carecieran de intensidad dramática o interpretativa.

Con estos actos, las plazas sufrían una metamorfosis, ya que toda la ciudad se veía invadida por el espíritu festivo que, en la mayoría de casos, se colaba hasta el interior de los hogares. Estos eventos fueron muy característicos, debido a que estas actividades estaban llenas de significados que se instauraban en la memoria individual y a fuerza de repetición quedaban insertos en la memoria colectiva. Con ello, estas manifestaciones fueron fundamentales en el ejercicio del poder. De hecho, una medida para atomizar a los grupos nativos fue deslegitimar sus ritos y fiestas, alegando que se trataban de idolatrías, que incitaban al pecado, porque se celebraban bajo los efectos de la embriaguez producida por la chicha. Aunque, y como se puede observar en las verbenas colombianas, algunas prácticas festivas indígenas se preservaron al hibridarse con las tradiciones hispánicas.

Antes de la Independencia había dos clases de regocijos públicos: Los tradicionales, de índole religiosa, y los profanos, los cuales tenían relación con acontecimientos importantes ocurridos en la metrópoli, tales como la coronación de un nuevo rey, los nacimientos de los príncipes, los matrimonios de éstos o la llegada a Santafé de un nuevo virrey. Sobre estas celebraciones, el historiador José María Caballero cuenta que con la llegada del virrey Antonio

Amar y Borbón a Santafé, “hubo corridas de toros, globos al aire, iluminación de las calles, bandas de música y fuegos artificiales en la Plaza Mayor y un baile de mascarasen el coliseo”. No obstante y tras la Independencia, estas últimas fiestas fueron sustituidas por el 20 de Julio y el 7 de Agosto¹, sin que se modificaran las maneras de celebración. Así se puede afirmar que debido a las ideas imperantes en el imaginario bogotano, las grandes celebraciones eran todas, salvo dos, de origen católico.

Como ya se ha mencionado, estas celebraciones no solo modificaban las plazas, si no la totalidad de la ciudad. Estos acontecimientos alteraban los tiempos, los espacios cotidianos y, cómo no, a los propios ciudadanos. No en vano, durante la Colonia uno de los principales objetivos de estos actos era mostrar a los monarcas españoles como seres divinos y carismáticos y, posteriormente, sería el gobierno republicano y las personas más importantes de la sociedad bogotana las que se apropiarían de estas manifestaciones, que ya no solo enaltecerían a determinados personajes, sino a la Patria.

Por lo que desde mediados de siglo XIX, son varias las actividades festivas en las que participan diferentes grupos de la sociedad, de los cuales se destacan la organización de los artesanos y las sociedades filantrópicas, quienes de común acuerdo con los intereses de la Iglesia realizan los aniversarios patrióticos. Así pues, se nota un cambio en la conmemoración festiva, producto de la influencia de los sistemas de asociación, representativos de nuevas modalidades de solidaridad y pertenencia.

Las fiestas religiosas en la Plaza

Las fiestas religiosas solían ser los eventos más importantes de la capital. Estas celebraciones tenían lugar tanto en el interior de las iglesias como en las calles y las plazas. Sin embargo, no eran las únicas celebraciones que contenían alegorías sacras debido a que en la sosegada y religiosa Bogotá del s. XIX todas las actividades que se realizaban en la ciudad estaban determinadas por los tiempos dictaminados por el calendario litúrgico.

¹ El 7 de agosto de 1819, ocurrió la Batalla de Boyacá, decisiva para la emancipación definitiva de la Nueva Granada de la corona española.

Estas celebraciones no solo eran acontecimientos puntuales, sino que eran una manifestación del ritmo de vida urbano. Al respecto, el historiador Germán Mejía Pavony apunta que el tiempo en esta ciudad era percibido como un transcurso entre los años que han pasado entre el nacimiento de Cristo y el presente, por lo que el tiempo tenía un profundo componente religioso, razón por la que se le daba un claro y exigente valor moral.

Sin lugar a dudas, la festividad religiosa más relevante en la ciudad era el Corpus Christi, que se generaliza a partir del siglo XVI y que, como lo ilustran todos los documentos gráficos de la época, se llevaba a cabo en la Plaza de Bolívar. En ella participaban todo tipo de gentes, incluso los indios, que amenizaban las concurridas procesiones con flautas y tambores. Sobre esta fiesta, Cordovez Maure, cuenta que:

Las fiestas más notables en Santafé eran sin duda: la del Corpus, en la catedral; y las octavas en los barrios de las nieves, Santa Bárbara y San Victorino, Únicos que existían entonces. Las fiestas del corpus empezaban por repiques de Las Campanas a las doce del día de la víspera, en todas las iglesias, y gran quema de cohetes en la Plaza principal... Las torres de la catedral, lo mismo que las de la capilla del Sagrario, se adornaban con candiles encendidos, colocados en todas las cornisas. A las diez de la mañana comenzaba el desfile de la procesión en el siguiente orden: Las cuadrillas de los indios de Suba, Fontibón y Bosa, danzando al són de pífano y tambor. Luego los carros alegóricos, tomados de los pasajes del antiguo testamento, aún recordamos, entre muchas otras, la alegoría de la república protegida por la religión, acompañada de la fe, la esperanza y la caridad... El evento era prescindido por presidente de la república, acompañado de los ministros de estado y de los altos funcionarios civiles y militares, con brillantes uniformes. (Cordovez, 1948, 1146)



Imagen 2. Procesión del Corpus, en una calle contigua a la Plaza de Bolívar, 1895. Tradición desde tiempos coloniales. Fotografía de la *Enciclopedia Historia de Bogotá*

Como se puede observar en la imagen como en el texto, en la fiesta del Corpus había un gran derroche y ostentación. Los balcones de las casas se adornaban con tapices y pinturas, las gentes vestían sus mejores prendas y los banquetes abundaban por toda la ciudad. Buena parte de los fondos para las celebraciones se asignaban a la ropa de los funcionarios y había una gran variedad y riqueza de disfraces y máscaras gigantes. Sin lugar a dudas, esta actitud frente a la vida festiva fue heredada de la España Barroca, “que ajena a la funcionalidad y al utilitarismo animada por un irrefrenable impulso lúdico, por una sed de belleza y de esplendor se refugió conjuntamente en la religiosidad y en el espectáculo público” en la religiosidad y en el espectáculo público.” (Cruz, 1995, 31)

No obstante, lo más curioso de este evento es la transformación que sufría la Plaza de Bolívar, que con motivo de esta festividad se convertía durante varios días en un jardín al que se le da el nombre de paraíso. Allí se reunían como en un campo de feria, “los indios” para vender y exhibir todo tipo de productos, fabricados por ellos, así como frutas y animales exóticos. Esto surge debido a la necesidad de la población indígena y campesina de realizar una ofrenda al “todopoderoso” con sus propios medios. Igualmente este tipo de manifestaciones

expresan la necesidad del poder político de despertar el interés de la población indígena para congregarlos en la celebración cumpliendo con el doble objetivo de la evangelización y la preservación de las relaciones de subordinación.

La celebración del Centenario de la Independencia

Como ya se ha visto, la Plaza de Bolívar ha sido el principal escenario para las celebraciones religiosas. Asimismo, tal y como veremos a continuación es el espacio central de las conmemoraciones oficiales. El ejemplo más trascendente para explicar cómo se transforma este espacio durante las fiestas es la celebración del centenario de la independencia. En donde, es posible observar el papel que cumplía la Plaza así como las distintas clases sociales la construcción del proyecto nacional.

El 20 de julio de 1910 fue todo un acontecimiento en la capital de Colombia debido a que se conmemoró el centenario de la independencia de este país. Bogotá fue escenario de distintos eventos en donde reinaba el orgullo patrio. Las calles se atestaron de personas de todas las regiones del territorio y de gentes de todos los estratos sociales. Durante el trascurso de esta fiesta, los distintos grupos de la sociedad interactuaron entre sí y desempeñaron el rol que les correspondía en la vida política y social del país. No obstante, los discursos que resonaban en las plazas y los festejos oficiales fueron ideados por y para los sectores más acomodados de la sociedad colombiana.



Imagen 3. Tarjeta postal conmemorativa del centenario de la independencia de Colombia. Imagen de la revista *Credencial* 2010.

A todos los actos que se generaron en torno a esta conmemoración, asistieron los altos mandatarios del poder público y eclesiástico, conscientes de la importancia que tenían estas celebraciones en la cohesión social y como medio para la difusión de la recién inventada

identidad nacional, que se retro-alimentaba de estos eventos y, por supuesto, de los mitos que se generaron en torno a las próceres y las batallas de independencia.

La celebración oficial comenzó en vísperas de la noche del 20 de julio. La revista Gráfico lo reseñó así:

El espectáculo que ofrecía la Plaza de Bolívar hacia la medianoche era magnífico. Todos los balcones que se abrieron y en sus cuadros de luz, se dejaron admirar alegres grupos de damas y caballeros. El parque estaba vivamente iluminado, y el ejército precedido por las bandas nacionales que ejecutaban músicas heroicas, entró haciendo la marcha de antorchas. Al sonar las doce de la noche la multitud entonó el himno nacional para saludar la aurora del día 20. En el ámbito de la plaza, aquel coro de miles de voces resonaba con la más solemne alegría causando profunda conmoción en el espíritu. En seguida se organizó el desfile que recorrió las principales calles de la ciudad hasta el amanecer. (Revista Grafico, 1910, s.p.)

A la mañana siguiente los asistentes se congregaron en la Catedral para asistir al segundo evento del programa: Una misa que estuvo presidida por el alto clero capitalino, el presidente, miembros del cuerpo diplomático, magistrados, autoridades civiles, militares, notables representantes de la sociedad bogotana y gente común. En una extensa alocución, el canónigo Rafael María Carrasquilla defendió la tesis según la cual “la Iglesia fue la civilizadora de nuestra Nación, la libertadora de nuestra Patria, la fundadora de nuestra República”. Más adelante, en el mismo discurso abogaría por “la Madre Patria” como benefactora de la nación “al darle un idioma, una raza y la verdadera religión: La católica”. Esta postura se repite a lo largo de la jornada, en distintas intervenciones, en donde se redimieron las tradiciones hispánicas como fuente de articulación social. Por la tarde, en el atrio del Capitolio y en presencia de un *gran grupo*, el Consejo Municipal celebró una sesión solemne de conmemoración de los próceres, acto en el que el personero municipal se dirigió a los miembros del Congreso y al público haciendo hincapié sobre el honor de la patria colombiana. Paralelamente y con el mismo entusiasmo, en el parque El Centenario, se inauguró la exposición agrícola industrial, donde los nuevos empresarios interesados en atraer inversores se ocuparon por presentar lo más cosmopolita de la nación, especialmente en lo referente a insumos agrícolas, producción industrial y artística.

Fueron 17 días de fiesta en los que en Bogotá y en las principales ciudades del país se realizaron concursos, misas, algunas inauguraciones de obras públicas, instalaciones, estatuas y ofrendas, así como fastuosas procesiones y desfiles, los cuales se convierten en el ideal máximo de la puesta en escena de un imaginario de poder. “En ellas existe un guion pre-establecido en el espacio público, que actúa como una sistema histórico culturalmente codificado” (Calleja, 2010).

No obstante a diferencia de países como Brasil o Ecuador, donde las obras públicas se incrementaron, por lo menos, en sus capitales, en Colombia y, pese a que se hicieron algunos esfuerzos, “continuaba primando la retórica por encima de las obras prácticas. Bogotá carecía no solo de ornato, sino de sistemas adecuados de saneamiento. Los intelectuales y activistas políticos no dejaban de imaginar a la capital con avenidas amplias e iluminadas, con kioscos y equipamientos modernos que tanto adornaban a las ciudades europea”.

La vida comercial en la Plaza

En el siglo XIX Colombia hace una lenta transición hacia el capitalismo. Bogotá se empieza a vislumbrar como una ciudad burguesa, su centro económico es una zona extensa en área pero aún alejada a la plaza principal. Posteriormente, tal y como asegura el historiador Germán Mejía Pavony, a finales de este mismo siglo el comercio dejó de concentrarse en la Plaza y calles contiguas para convertirse en un sólido núcleo de treinta manzanas. Así, aunque la actividad comercial continuara existiendo en la Plaza de Bolívar, jamás volvería a tener la importancia que tuvo antes de la irrupción del capitalismo en el país.

Durante la época colonial, esta actividad dio pie al surgimiento de establecimientos mercantiles centralizados en la Plaza Mayor, donde también tenía lugar el mercado público. Esta práctica perduró hasta mediados del siglo XIX. Todos los viernes los indígenas de poblaciones vecinas se acercaban a la ciudad a vender los productos que cosechaban en sus huertas. De igual manera, existía un comercio más especializado y sectorizado: Se trataba de las tiendas de lujo, algunas de ellas ubicadas en las Galerías Arrubla, así como en calles alejadas a la Plaza, en donde se conseguían productos finos, en su mayoría traídos desde Europa. Sobre

este tipo de negocio, hay que tener en cuenta que no solo poseían importancia porque abastecían a las clases privilegiadas con objetos que legitimaban su estatus, sino porque era una huella de progreso. Respecto a este concepto, tan notable entre las sociedades decimonónicas, Susan Bruks afirma que “el progreso” llegó a ser tan importante, que “se convirtió en una suerte de religión, las exposiciones internacionales sus altares sagrados, las mercancías, sus objetos de culto y el nuevo París de Haussmann su Vaticano” (Buck-Morss,1995,107). Por lo que a actividad comercial, resulto fundamental en el afianzamiento de las nuevas naciones americanas.

El mercado

Los indígenas que habitaban Bogotá durante la época prehispánica tenían gran interés por la actividad comercial, por lo anterior este espacio fuera asimilado con rapidez dentro de su imaginario. Si bien la Plaza de Bolívar fue un enclave comercial muy importante dentro de la ciudad, durante la colonia y la modernidad, no ocurrió siempre igual. Durante los primeros años de la colonia era en la Plazuela de las Hierbas donde se llevaba a cabo la mayor actividad mercantil porque en “*las ordenanzas para poblar*” se estipulaba que en la Plaza Mayor no podían circular bestias ni ocurrir intercambios comerciales al tratarse del lugar que representaba la imagen de España en América. Sin embargo, con el paso del tiempo esto se fue modificando y la Plaza Mayor albergaría el principal mercado de la semana, el de los viernes.

Sobre este mercado, el viajero francés Le Moyne, que vivió en Colombia entre 1828 y 1839 cuenta que:

Todos los viernes se celebra en esta plaza el mercado principal y a él van por la mañana tanto las damas de la alta clase social como las pertenecientes a las demás, las primeras acompañadas de una criada o de un indio que lleva a la espalda un gran canasto donde se van poniendo las provisiones que se compran para toda la semana. Esos días y siempre a la misma hora se congregan en la escalinata de la catedral una multitud de curiosos o de hombres a caza de caras bonitas; desde lo alto de esas gradas la vista domina todo ese enjambre de vendedores, compradores o desocupados, conjunto de gentes del campo y de la ciudad de toda clase y condición color y pelaje... entre los artículos de que está abundantemente provisto el mercado figuran, al lado de los productos tropicales provenientes de tierras calientes, casi todas las legumbres de Europa que suministra la Sabana de Bogotá. (Moyne en Mejía, 2008, 135)

Como se ha podido observar en el anterior relato, en los días de mercado público, la ciudad se conmocionaba. Desde un día antes los cosecheros de distintas poblaciones y diferentes latitudes, comenzaban a llegar a la ciudad con todo tipo de productos y desde horas muy tempranas del viernes comenzaban a organizarse. Por lo general, los vendedores de la Plaza solían disponerse en cuatro triángulos que según los relatos de diferentes viajeros se acomodaban según el siguiente esquema:

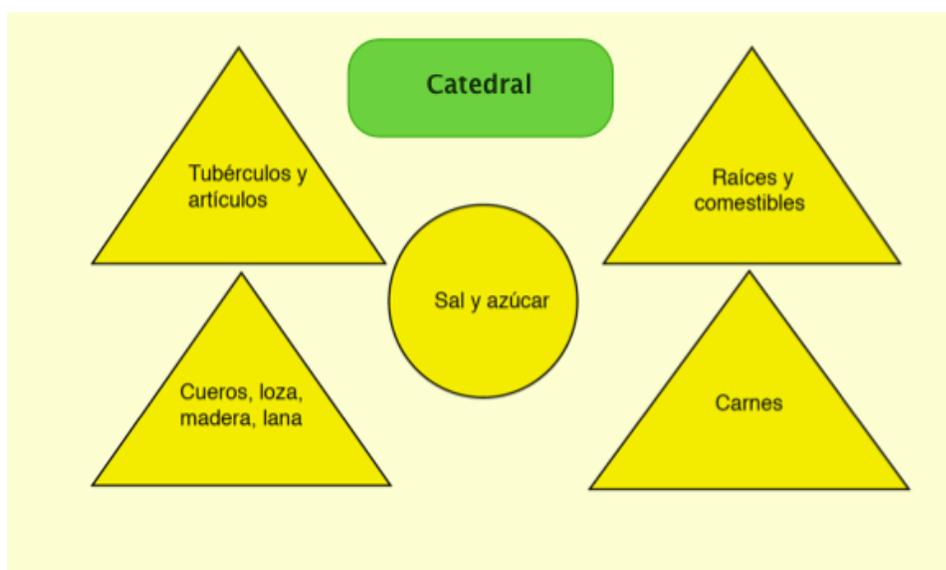


Imagen 4. Esquema de la organización de los mercaderes dentro de la Plaza. Elaboración propia.

No obstante, en el interior de los puestos de mercado los productos podían ser de muy diversa procedencia. Según la historiadora Milena Ortiz, esto dependía de la facilidad de consecución de los mismos, de los precios o de la labor habitual del vendedor. Lo antes mencionado, es visible en las escenas de mercado que pintó José Manuel Groot, en las que se puede apreciar como en una misma carpa, se vendían alimentos y objetos de distinta naturaleza, tal y como se observa en la imagen que aparece a continuación:



Imagen 5. Aguatinta de Ramón Torres Méndez Episodio de Mercado 1860. El pescado aunque es un producto indígena de consecución y venta propia fue considerado como de consumo de élite. Imagen de: www.banrepcultural.org.

Aunque el mercado de los viernes era uno de los grandes espacios de convivencia entre los distintos grupos sociales, tras la construcción de las Galerías Arrubla y el emplazamiento del monumento a Simón Bolívar. Este mercado se intenta retirar de la Plaza hasta que se consigue al finalizar el siglo XIX. Esto se debe a que su funcionamiento en aquel lugar entorpecía la apreciación del paisaje que se estaba generando y, por supuesto, debido a los problemas de salubridad que ocasionaba, ya que una vez concluidas las ventas, se formaban cúmulos de desperdicios que provocaban que bandadas de aves de carroña y ratas rodearan la Plaza. Es por esto, que la Cámara Provincial otorga al señor Juan Manuel Arrubla una concesión para la construcción del Mercado Cubierto Central en 1848, que solo abriría hasta 1864. Pese a ello, su inauguración no cambió las costumbres conservadoras y tradicionalistas de los bogotanos, quienes solo concebían hacer el mercado semanal al aire libre. De esta forma modificar esta costumbre llevó mucho tiempo.

En cuanto a los productos que allí se vendían, huelga decir que había mucha variedad y que obviamente dependía del dinero que tuviera el cliente. Sin embargo, en el caso específico de la carne, el chocolate o el vino, no solo obedecía a que se tuvieran los reales o décimos necesarios para la compra, sino también al poder adquisitivo del comprador; así, muchos de los artículos de consumo cotidiano fueron consolidando sus propias jerarquías. De hecho, los alimentos introducidos por los europeos se instauraron como los productos alimentarios que otorgaron distinción entre los pobladores. Un viajero francés, apunta a que el abastecimiento de víveres en Bogotá estaba provisto de todo lo necesario: “la carne, las legumbres y las aves de corral son muy abundantes, pero no se encuentra pescado... Los artículos de lujo son escasos y muy caros; sin embargo, durante nuestra estadía conseguimos vinos franceses bastante aceptables, también se consiguen artículos de fabricación europea pero de pésima calidad.” (Mejía, 1998, 430)

No obstante, las clases menos acomodadas corrían una suerte diferente. Como resulta lógico pensar, los bogotanos pobres tuvieron que agudizar su ingenio consumiendo alimentos inspirados en productos costosos, pero elaborados con ingredientes baratos. Por ejemplo, en época colonial en todas las casas santafereñas se tomaba chocolate con más o menos agua o la famosa arepa, conocida en la época como pan de la tierra, alimento a base de maíz en sustitución del pan.

Para hacerse una idea del grado de dificultad en la adquisición de los diferentes alimentos y artículos de primera necesidad como sebo, leña, sal, panela, maíz y patata, hay que tener en cuenta que un jornal en la ciudad de Bogotá en 1840 era de dos reales, mientras una arroba de azúcar valía 16 reales, una arroba de carne 10, el vino 166, el té 3 dólares y el cuarto de chicha costaba de 6 centavos (Ortiz, en línea). Por lo que un habitante común de la ciudad muy esporádicamente consumía pan blanco, como era conocido el pan de trigo; azúcar; té; vino o miel, pero la chicha era un alimento fundamental en su dieta debido a su bajísimo precio y a sus propiedades: Llenaba los estómagos vacíos y era fuente de entretenimiento.

Además del mercado, existían las tiendas de trato, las cuales vendían todo tipo de productos, incluyendo aquellos artículos de lujo como vino, telas importadas y conservas. En el

relato *La tienda de Don Antuco* de José María Groot, se da cuenta de la atmósfera que se vivía en aquellos lugares, tal y como figura en el siguiente fragmento:

La tienda de don Antuco, es de gran fondo y trastienda; el techo es alto y ahumado... con su estantería formada de cajones y cajoncitos unos sobre otros, dados de tierra blanca en su tiempo, y hoy de color de hollín por el polvo y los moscos; los más de ellos vacíos; los otros ocupados con petaquitas con nolí, badanas, atados de pita, lazos o algunos otros féferes de esta especie; pero sobre todo de zapatos y botines criollos y extranjeros... Allá en el fondo de la tienda, hacia un rincón, está la puertecita de la trastienda que es doblemente oscura, en donde apenas se alcanza a ver desde afuera algún canasto, zurrón o petaca de cuero, o un fondo de cobre... El suelo empedrado, es correspondiente con el cielo, que es entresuelo del edificio que tiene encima (Groot, en línea)

Comercio de lujo

A diferencia del mercado, el comercio de lujo en la Plaza siguió subsistiendo hasta mediados del siglo XX. Las Galerías Arrubla, primer centro comercial de Bogotá, sobresalían dentro del conjunto arquitectónico de la ciudad por sus dimensiones y estilo convirtiéndose en su principal centro comercial. Allí se encontraba un buen número de artículos finos, de difícil adquisición los cuales gozaban de gran éxito dentro de la sociedad capitalina. Al respecto, el intelectual Miguel Samper diría que estos artículos abundan por las grandes bodas, donde los invitados rivalizan entre sí por el valor y la inutilidad de los regalos (Samper, 1969,150).

Si bien durante la segunda mitad del s. XIX urbanísticamente la ciudad empieza a experimentar un tímido cambio, es en los espacios interiores donde ocurre una transformación significativa. Como señala Mejía Pavony, durante este período la austeridad de origen católico-colonial da paso al lujo, a la ostentación y, sobre todo, a la comodidad propia de las nuevas burguesías (Mejía, 1998). Las clases acomodadas bogotanas eran una copia de las clases burguesas europeas que, a su vez, eran un calco de la aristocracia y que, gracias a los adelantos industriales de la época, pudieron acceder a los objetos que los nobles tenían en sus mansiones en mármol o en bronce. De igual manera, los diarios inician la promoción de tiendas de ropa para “*gente de bien*”, las cuales imitan las modas imperantes en Europa. De hecho, los paños ingleses empiezan a ser importados, por lo que no resultaba extraño encontrar señores de saco

y levita junto a hombres de ruana y alpargatas. En el vestuario de las clases bogotanas altas y las bajas predominaron los colores oscuros. Aunque este dato parezca anecdótico, es más importante de lo que podría pensarse, ya que sería una de las características que diferenciaría a los “calentanos”, es decir, a las personas que venían de la provincia, de los bogotanos. Al respecto, el antioqueño Tomas Carrasquilla describe en una carta dirigida a su familia las diferencias que se podían apreciar por aquella época en la ciudad:

Junto a un pisaverde en traje parisién, una india asquerosa de sombrero de caña y mantellina que fue de paño; junto al grupo de damas elegantísimas y lujientas, la montonera de chinos andrajosos y mugrientos; junto al landó tirado por hermoso tronco de caballos y conducido por cochero de guantes y sombrero de copa, el carro de basura o los burros con los cándalos de leche. Sobre todo este laberinto de colores domina la nota triste del negro, pues hombres y mujeres visten, en un ochenta por ciento, de este color. La mantilla en las hembras y el sobretodo en los machos parece ser la prenda obligada para paseo. Y ni los unos ni las otras parecen estar muy ocupados ni tener mayores quehaceres en sus casas, porque a toda hora se les ve andaregueando calle arriba y calle abajo, ellas en iglesias, parques y almacenes, ellos en cantinas, cafés y clubes (Carrasquilla, en línea).

En la siguiente imagen, se observa cómo se conserva actualmente una de las edificaciones que albergaba una tienda de paños:



Imagen 7. Construcción ubicada al costado Izquierdo del capitolio Nacional, en su fachada aún se aprecia un aviso publicitario de una antigua tienda de paños

Por otro lado, se encontraban las confiterías, reposterías y panaderías, frecuentadas por personas de las elites. Asimismo, había otras tiendas como las latonerías, carpinterías, platerías, las sastrerías, etc. donde los artesanos y sastres ofrecían sus servicios. Siendo la mayoría de sus clientes miembros de incipiente burguesía. Pese a todo lo anterior, la vida de los bogotanos era sobria y sencilla. Esto se debía al aislamiento que separaba a Bogotá del *mundo exterior*, y a una actividad económica que crecía a un ritmo lento. Por esta razón, la ciudad llega tarde a la modernidad, aspecto que se reflejará en la consolidación de la nación.

La Plaza como lugar de encuentro: Tertulias en el atrio de la Catedral



Imagen 8. Atrio de la Catedral. En la imagen se observa el espacio que era ocupado por animados contertulios.

Aunque parezca mentira, este espacio es el que atesora mayor carga simbólica en el conjunto de la Plaza. En primera instancia, porque surge como un punto determinante en el desarrollo de las relaciones entre los nativos y evangelizadores. En segundo lugar, porque se trata del primer cementerio de la ciudad, durante la colonia eran las iglesias las que se utilizaban

para enterrar a los muertos. Las familias acomodadas podían sepultar a sus parientes en el interior de los templos mientras que las familias pobres debían enterrarlos bajo los atrios y altozanos inmediatos (Manrique, en línea). En tercer lugar, porque fue el principal y casi que único centro de socialización a nivel público en la ciudad durante la época colonial y republicana.

Durante el siglo XIX, las tertulias en el atrio de la Catedral fueron la actividad recreativa por excelencia. Estas reuniones espontáneas aglutinaban a todo tipo de gentes, que se apropiaban de las calles, incluso hasta obstruir el paso peatonal. También las habían más especializadas, como aquellas que se generaban en el seno de la intelectualidad capitalina y que pese a la filiación política de sus componentes (conservadores o liberales), se vivían en total armonía.

Las tertulias “se trataban de encuentros informales de amigos, que se reunían para conversar. Sin embargo, las de las clases acomodadas solían ser un poco más sofisticadas. Estas reuniones de las tardes dominicales, se realizaban en las residencias de moda y evidenciaban a veces un claro sabor foráneo” (Brown, en línea). Sin embargo, esta tradición formaba parte de la vida urbana de Bogotá antes de la República. El cronista Casiano en sus “*Colaciones*” cuenta que en los tiempos coloniales, después de las comidas, los santafereños hacían la tertulia en algún almacén de la Calle Real (hoy Carrera 7ª) o de la Plaza Mayor y que, por la tarde, después de la comida, se paseaban lentamente por el altozano de la Catedral.

Son muchos los cronistas y algunos escritores que cuentan esta práctica en sus escritos. El intelectual José María Vergara Vergara en su cuento “*Las tres tazas*” narra cómo los capitalinos del s. XIX continuaban incluyendo esta costumbre dentro de sus rutinas diaria: “A las cinco de la tarde, Monsier de Gacharná cierra su vasto almacén y se va solo y todo morno a pasearse de prisa en el altozano, porque a los inmortales se les enfrían mucho los pies. Allí camina solo y de prisa hasta las seis de la noche, en que es hora de comer” (Vergara, Vergara, 1969).

Asimismo, el viajero argentino Miguel Cané en sus crónicas de 1886 apunta que pese a que los bogotanos de la época no tienen propiamente un club, una calle predilecta o un boulevard tenían todo en uno: “Tienen un altozano, palabra bogotana para designar

simplemente el atrio de la catedral que ocupa todo un lugar de la Plaza de Bolívar, colocado sobre cinco o seis gradas y de una ancho de diez metros.” (Cane, 1990)

De hecho, la formación del primer club de Bogotá “El Gun Club” se le atribuye a una de estas tertulias. Jaime Durán Pombo, nieto de uno de sus fundadores cuenta que:

Corría el año de 1882 y un grupo conformado por cuatro caballeros se reunían para departir, cambiar ideas y sorber un espumoso chocolate santafereño. Sin embargo antes de llegar al lugar de la cotidiana reunión y siempre y cuando no estuviese lloviendo, lo contertulios habían departido por el altozano de la catedral en donde en horas vespertinas y después de terminar las diarias labores, paseaban ministros del despacho, funcionarios, comerciantes y algunos recién llegados de tierra caliente, en fin lo más representativo de la sociedad capitalina. Quienes al declinar el día recorrían el atrio frente a la catedral y la capilla del sagrario intercambiando saludos y cortesías se enteraba de las últimas noticias nacionales y extranjeras, como también de algunas de sabor local a las cuales no faltaban los comentarios y apreciaciones políticas, el último gracejo y algún chisme social... Así día tras día, entre charla y charla, surgió la idea de crear un centro social como los que existían en muchas otras capitales. (Gun club, 1983,51)

Posteriormente, el mencionado club abriría su primera sede en un pequeño local de las Galerías Arrubla. Su fecha de inauguración, según un cronista, fue el 1 de abril de 1882. Sin embargo, tradicionalmente se ha aceptado como fecha más exacta la del 16 de julio de ese mismo año. Después, gracias a la intermediación de uno de los socios, el club ocupó una sede mayor situada en la esquina noreste de la Plaza, aunque su paso por este lugar fue bastante breve.

Tampoco es de extrañar que muchos círculos intelectuales como la *Gruta Simbólica* (1858), grupo literario, haya nacido de una de estas tardes de tertulia. No obstante, hay que subrayar que este lugar era una excepción dentro de la regla, puesto que los hombres de las altas esferas preferían los recintos cerrados. De igual manera, pese a que este espacio era público, la calle era de dominio masculino por lo que de estas reuniones y de estos paseos solo eran partícipes los hombres. Las mujeres departían en casa y cuando salían a la calle, lo hacían para ir a misa o en compañía masculina o de una chaperona². Por lo general, se citaban en los

² Persona que acompaña a una joven como carabina.

salones de sus casas en veladas durante las cuales se tomaba el chocolate, se jugaba a las cartas, se tocaba el piano y se conversaba, después de haber rezado el rosario.

La Botella de Oro

El siglo XIX será testigo del nacimiento de uno de los lugares más concurridos por intelectuales de todo el mundo. Se trata de los cafés, que en Europa proliferaron considerablemente y que se caracterizaron por tener como clientes a individuos de toda procedencia, mientras que en Colombia su irrupción fue más bien tardía y su concurrencia menos heterogénea.

La Botella de Oro fue uno de los primeros y más famosos cafés de Bogotá, ubicado en el atrio de la Catedral al lado del Palacio Arzobispal. Su historia fue precedida por los salones, los clubes y los círculos de la Época de las Luces, entre los que se encontraba el de Antonio Nariño y gracias al cual se tradujeron los Derechos del Hombre.

Sobre *La Botella de Oro*, el escritor Carre asegura que este lugar era, sin duda:

la quintaesencia del café: a sus ojos es una bolsa, un circuito literario, un aeropago, una pandilla, un salón de solterones, un bastidor de teatro, un foro, toda la actividad de Bogotá reunida en un centenar de metros cuadrados”. Además señala que “el bogotano que entra allí, por la atmósfera que se respira, ya que se puede encontrar mil oídos capaces de disfrutar un momento espiritual y propagarlo a los cuatro vientos. (Lemaire, 2004, 27)

En este lugar, se dieron cita amantes de la bohemia, hacendados y algunos políticos. Dentro de sus clientes más reconocidos se encontraba Juan de Dios Uribe, alias *el indio Uribe*, Antonio José "Ñito" Restrepo; Candelario Obeso, alias el "*Negro Obeso*", quien es conocido por



Imagen 9. Café Botella de Oro. Imagen de revista Credencial. Publicada en octubre, 2001.

ser el primer escritor afrocolombiano. En medio de estos círculos de intelectuales se discutían las obras de autores grecolatinos, las cuales en numerosas ocasiones alcanzaban la prensa local.

El escritor Enrique Caballero, describe una de las conversaciones que se generaban en torno a una de las mesas de *La Botella de Oro*, “en donde la disidencia bohemia más seria, gramatical y rigurosa academia fundada por Vergara y Vergara, “La gruta simbólica” se expresaba en fluidas improvisaciones sin registro ni anales posibles. Parte de su encanto dependía de que sus ocurrencias florecían en los bares, en los zaguanes, en las esquinas y en las casas de las hetairas de la época.” (Caballero, 1999, 264)

Cafés y reuniones sociales que gestaron la identidad nacional

Además de las discusiones de tipo literario o artístico, en los cafés también se debatió sobre la economía, la política, el porvenir y sobre el proceso de edificación de la Patria. La producción de buena parte de los intelectuales colombianos durante las primeras décadas siglo XX en todos los ámbitos del conocimiento y la creación estuvo marcada por la necesidad de la creación de la nación.

Por lo que los cafés tuvieron mucha importancia en la concepción de la identidad nacional y en la edificación de la Plaza por varios motivos: Primero, porque los cafés fueron los centros idóneos para que los hombres militantes con diferentes ideologías se pusieran en contacto entre sí y tuvieran espacio para concebir y discutir aquellos proyectos que harían de Colombia una sociedad más culta y desarrollada. Segundo, porque en el seno de estas tertulias se generaría nueva prensa, cuya difusión favoreció a la unificación nacional, así como ediciones masivas encargadas de organizar la renovación y masificación del imaginario oficial.

Un ejemplo de la importancia de la prensa durante la época de la Regeneración es que este movimiento político fue promovido por su principal dirigente Rafael Núñez desde los periódicos. Sus artículos en el *Porvenir de Cartagena*, que había aparecido en 1877 y en la *Luz de Bogotá* (1882) hicieron que se propulsara una gran reforma constitucional en el país. Sobre la prensa en esta época la historiadora Hilda Sábato asegura que:

La prensa no solo actuaban en el campo limitado de la representación, la defensa o protección de los intereses y las opiniones específicas de sus propias bases, sino que constituían tramas conectivas que atravesaban y articulaban verticalmente y horizontalmente la sociedad. Creaban, además espacios de interlocución con el estado y las autoridades constituyendo instancias decisivas en la formación de la esfera pública propias de las de las repúblicas liberales en formación. (2008, 123)

De esas tardes de tertulia, también surgieron las famosas asociaciones³, como el ya mencionado Gun Club. Estas entidades, al igual que la prensa, fueron fundamentales para la expansión de los valores de la civilización, ya que desde diferentes ámbitos, atendían problemas concretos de la esfera privada y pública. Estos grupos fueron ejemplo de vanguardia y de republicanismos.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, las prácticas asociativas estuvieron en auge involucrando a sectores que hasta entonces habían permanecido en la periferia, tales como los obreros y los artesanos. Este hecho reflejaba la nueva complejidad de las sociedades. Sin embargo, estas filiaciones que se empezaron a establecer en función del *credo civilizatorio*, ahora se generaban alrededor de afinidades e intercambios más específicos. Por todo lo anterior, los cafés fueron el espacio ideal para que las mentes encargadas de la configuración de la identidad nacional se reunieran.

Conclusión

El estudio de la vida cotidiana es fundamental para conocer la significación de la Plaza de Bolívar. A través de su análisis podemos observar la interacción de los distintos grupos sociales y la incidencia de este espacio en sus prácticas diarias y festivas. La investigación de las costumbres y los usos del espacio urbano durante esta época no solo aporta datos de cómo se vivía el día a día en la ciudad, sino que además proporciona un perfil sociológico de la población.

³El nacimiento de estas asociaciones se remonta a las primeras décadas del siglo XIX y a la aparición de la opinión pública

Por otro lado, el análisis de los usos de la Plaza de Bolívar permite observar como se ha ido configurando la identidad nacional colombiana. Imágenes hoy distintivas de este país, se fueron introduciendo en el imaginario popular a través de las celebraciones y las distintas actividades (oficiales o no) que se llevaban a cabo en la Plaza de Bolívar tales como: la conmemoración del centenario de la independencia (1910) o algunas procesiones religiosas que a fuerza de repetición fueron calando en el imaginario patrio.

Por último recordemos que durante mucho tiempo, la historia de indios, campesinos y obreros careció de importancia. La historia “oficial” jamás mostro los aportes en la Plaza de Bolívar de aquellos grupos de personas que no pertenecían a la élite cultural o económica de Colombia. Por lo que gracias al análisis de la vida cotidiana en este lugar es posible evidenciar las manifestaciones populares que se encuentran presentes en ella.

BIBLIOGRAFÍA

- BUCK-MORSS, Susan (1995), *Dialéctica de la mirada, Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*, Madrid, ed. Visor.
- CABALLERO ESCOVAR, Enrique (1999), “Mi tío Domingo” en IRIARTE (ed.) *Ojos sobre Bogotá*, Universidad Jorge Tadeo Lozano, Bogotá.
- CALLEJA, Eduardo, (2010), *Memoria e Identidad*. Apuntes de clase, Universidad Carlos III de Madrid, Departamento de Humanidades.
- CANÉ, MIGUEL (1990) “Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia” en Romero en *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX*, Bogotá, Ed. Villegas editores.
- COLOM GONZÁLEZ (2005), Francisco, *Relatos de Nación. La construcción de identidades nacionales en el mundo hispánico*, Vol. 2, México, D.F, Editorial Iberoamérica.
- CORDOVEZ MAURE, José (1948), *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Bogotá,
- CRUZ DE AMENABAR, Isabel (1995), *La Fiesta Metamorfosis de lo cotidiano*, Santiago de Chile; Universidad católica de Chile.
- GUN CLUB, Gun (1983), *Club de Bogotá, 1882-1992*, Bogotá, Litografía Arco.
- MEJIA PAVONY, Germán (1998), *Los años del cambio, historia urbana de Bogotá*, Bogotá, Biblioteca Personal.
- SAMPER, Miguel (1969), *Miseria en Bogotá y otros escritos*, Bogotá, Ed. Universidad Nacional de Colombia.
- VERGARA, Vergara José (1969), *Las tres tazas*, Cali, Carvajal y compañía.
- SABATO, Hilda (2008), “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, Asociaciones, esfera pública” en Myers en *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Kats editores.

REFERENCIAS EN INTERNET

- BROWN, Jonathan, *La tradición Cortes en la cultura colombiana del siglo XIX*. Disponible en: http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce30_03ensa.pdf.



CARRASQUILLA Naranjo, Tomas, *Carta de Tomás Carrasquilla dirigida a su familia*. Disponible en: http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=74.

GROOT, José María, *La tienda de Don Antuco*. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/literatura/cosi/cost3.htm>.

MANRIQUE Villalobos, Natalia. *Un análisis semiótico del espacio como el entramado de otras realidades*. Disponible en: <http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/comunicacion/tesis125.pdf>.

MELO, Jorge Orlando, “Contra la Identidad”, *Revista el Mal pensante*. Disponible en: http://www.elmalpensante.com/index.php?doc=display_contenido&id=359&pag=4&size=n.

ZAMBRANO, Fabio, *Breve historia de Bogotá*. Disponible en: <http://institutedestudiosurbanos.info/endatos/0000/resenia.htm>